

EL TIMBRE

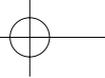
JUAN CASTELL QUILES

Benito era totalmente feliz desde que su paisano, don Demetrio, le había conseguido aquel puesto. Porque Benito, acostumbrado a hacer de sacristán y un poco de todo allá en el pueblo, ahora como guarda-jardinero o jardinero-guarda del Instituto dirigido por su ilustre amigo, se sentía vivir.

Por las mañanas, muy temprano, barría los patios. Luego, cuando llegaban los estudiantes, se retiraba a su casita y comía un trozo de tocino de morcilla con pan del día anterior y bebía media copita de aguardiente. Liaba un cigarrillo y salía expulsando grandes bocanadas de humo. Se dirigía a los jardines y él allí se afanaba regando, podando, injertando, igualando, hasta el mediodía. Si en recreo alguien le saludaba con un “Benito, ¡que precioso tienes el jardín!”, su gozo lo llevaba cerca de la vanidad, aunque se limitaba a sonreír y responder con un escueto “¡A ver!”. Más tarde después de comer, trasteaba por todo el recinto hasta que oscurecía.

Benito vivía solo; solo pero no aburrido. Tocaba el laúd con gran habilidad; cantaba de manera aceptabilísima; improvisaba unas castañuelas con un par de piedras; sacaba ritmos frotando una botella de anís con un palo... Solo pero muy entretenido.

Con esta vida dichosamente monótona fue pasando el tiempo hasta que un día lo citó el director a media mañana. Hacía frío. Se limpió las manos sucias de barro en la pernera del mono azul que llevaba y acudió a la llamada. Por la puerta se veía a don Demetrio sentado ojeando unos documentos.



—Ah, hombre, Benito, pasa, pasa —le indicó una silla muy antigua y bonita, de espalda muy alta y recta. —Verás, Benito, aunque estamos muy contentos con tu trabajo (el jardinero tuvo un sobresalto: lo iban a trasladar a otro centro o a otra localidad...) ¿Quieres un cigarro?... toma... Bueno, pues aunque como te digo, estamos muy contentos con tu labor, he pensado que ya va siendo muy dura para tu edad. Que si la lluvia, que si los fríos, que si...

—No se crea, don Demetrio, que aquí donde me ve, aguanto más que un chaval. Y de salud, un roble, ¿eh? Que ni un catarro, ni una tos, nada de nada.

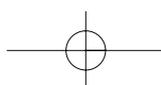
—Que no, Benito... Verás, he pensado, bueno hemos pensado todos los de la junta directiva que, como se ha jubilado Arcadio y el pabellón B queda libre, estarás mejor cubriendo su puesto. Así, por lo menos, al braserito no pasarás frío. Ah y no te preocupes por la casita, que la sigues ocupando tú (el cielo debía ser todo azul fuera y seguro que el sol calentaba algún rinconcito del patio, pensó Benito sintiendo una paz casi tangible...) ¿De acuerdo, paisano?

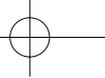
—Sí, sí, don Demetrio y muchas gracias, don Demetrio.

Los primeros días de daba una cierta vergüenza que lo vieran en el cuartito del conserje, en el que se juntaban los profesores entre clase y clase. Contestaba tartamudeando los saludos y las bromas que le hacían. Tenía el reloj siempre a la vista y diez minutos antes de tocar el timbre fijaba los ojos en la esfera por miedo a que se le pasara la hora. La mañana se le hacía larga por la tensión de sus nuevas y tan escasas obligaciones.

Poco a poco, aun sin variaciones en su vida, sí fueron cambiando ciertos detalles por la mayor soltura y seguridad en el trabajo. Y así se atrevía a devolver los saludos sin azararse. Habían desaparecido sus temores y aprensiones..., pero Benito no era feliz. Estar sentado desde las ocho y media hasta las dos y media, con el intervalo de las doce para tomar un café con los otros subalternos, era algo carente de incentivos para el buen hombre. Con frecuencia cuando oía los ruidos muy familiares del jardinero por los alrededores de su pabellón, salía a la puerta y desde allí lo veía trajinar. Si le gustaba lo que hacía, y sobre todo, cómo lo hacía, lo llamaba y le ofrecía un pitillo. Si no, entraba en su cuartito refunfuñando y malhumorado para el resto de la mañana.

Un día entre las clases tercera y cuarta, el timbre se estropeó al pulsarlo y el sonido se quebró, descendiendo en agudeza e intensidad hasta





producir una especie de melodía rudimentaria y breve, pero perceptible. Tan perceptible que se oyeron carcajadas en las aulas y, cuando llegaron los profesores, hubo bromas acerca de las cualidades musicales de Benito.

—¡Amadeus! —lo saludó un joven profesor de Física melómano empedernido.

Aquella avería duró tres días, con lo que la gente esperaba el fin de las clases con más interés que el habitual.

—Benito, eres un virtuoso del timbre, un Paganini del dedo índice —exultaba el físico cada cincuenta minutos.

—No se crea, no, que con dos timbres vería usted lo que soy capaz.

Aquellas palabras, dichas al tuntún, se le prestaron nítidas por la tarde cuando veía llover desde la ventana de su casa. Eran las seis y cuarto... Se animó, se abrigó y salió. A la hora escasa había regresado con un paquetito. Fue al pabellón B y se encerró en él. Permaneció en el edificio unos tres cuartos de hora. El jardinero, que pasaba cerca protegiéndose de la lluvia con un saco, creyó oír el sonido de unos timbres, pero no prestó mucha atención.

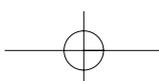
Al día siguiente, acababa la primera clase, los profesores entraron bromeando en el cuartito del conserje.

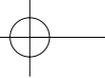
—Por fin se arregló el timbre, Benito.

—Pues a mí me da pena —comentó una profesora muy joven y atractiva.

—Sí, ya era algo casi esperado. Tin... tan —imitó el “timbrazo binario”, como él lo llamaba, científico.

Regresaron a las aulas a los cinco minutos. Seguía lloviendo y se estaba bien sentado al brasero eléctrico. Colocó el reloj en la mesa y fijó en él la mirada. Los minutos fueron desgajándose de la esfera arrastrando la plateada aguja. Benito abrió la puertecita de la pared que ocultaba el timbre y los distintos interruptores. Porque debajo del antiguo timbre había uno nuevo, redondo, limpio, de blancura inmaculada, sin un roce, con los bordes bien perfilados. Benito consultó la hora y pulsó el timbre de abajo. Enseguida el rumor de mesas arrastradas, de pasos convertidos pronto en carreras, indicó que la gente abandonaba las aulas. Esperó anhelante la entrada de los profesores. Dos, tres, cuatro fueron desfilando. Lo saludaron sin mencionar ya el timbre. Cuando se retiraba a su rincón, el melómano lo llamó.





—Benito, ¿por qué ha cambiado el timbre? Con lo que me gustaba el otro...

El conserje se animó y se asomó a la puerta del pabellón, alegre y satisfecho. Tan contento estaba que encendió un cigarrillo a aquella hora insólita. Al terminar la tercera clase, repitió su experiencia, sólo que a la inversa: tornó al timbre viejo. nadie se percató de la alternancia, y como el joven físico había dado su clase en otro pabellón, no pudo conocer el efecto de la innovación. Hasta el día siguiente no podría saber si su admirador —don Eustaquio— advertía el tono musical que había impuesto al toque de las horas.

...Que sí lo advirtió cuando a la segunda clase del otro día cambió el timbre. A pesar de que la diferencia era mínima, el aficionado entró radiante en la salita.

—¡Amadeus! Si lo dije yo..., si es un genio... —los otros lo miraban asombrados—, ¿cómo se le ocurrió?... Creo que tenemos un si y un la, pero tengo que comprobarlo. ¡Qué sorpresa! ¿Os habéis dado cuenta? —y se dirigía a sus colegas, que no respondían, atónitos—. Y la próxima clase, ¿con qué nota la va a despedir? ¿Si? ¿La? —y se fue andando a saltitos y balanceando su gruesa cartera de cuero marrón.

Benito, regocijado por la admiración de don Eustaquio, estuvo pensando durante toda la hora siguiente. Su mente se lanzó frenética a diversos cálculos y diversas posibilidades. Al final de la jornada, resolvió el dilema —si/la, la/si— dando dos toques seguidos —si/la—. Su amigo llegó radiante.

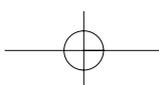
—Conque si/la, ¿eh? —y se alejó silbando la secuencia si/la repetidas veces y con distintos ritmos.

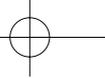
Aquella tarde se ausentó de nuevo del Centro durante un par de horas. Regresó. Se encerró en el pabellón y allí permaneció un buen rato. Por fin, sobre las ocho, la oscuridad envolvía el, aparentemente, cotidiano y ordinario pabellón B, mientras Benito, ligero y ágil, acudía con su cita diaria con Regino al bar.

—Benito, que hoy se ha retrasado, ¿de dónde viene?

—Del pabellón, Regi, de arreglar unas cosillas para mañana.

—¡Que nos hacemos viejos, hombre! Que mañana es sábado.





—¡Mañana sábado! —y aquella noche las cervezas le parecieron más amargas y se olvidó incluso de fumarse el cigarrillo cervecero, como lo llamaba Regino.

Fue un fin de semana lento, triste y gris, como grises eran aquellos días lluviosos. Se pasó las horas sentado al brasero, de cara a la ventana de su saloncito. Era la ventana que daba a la entrada de los coches. La verja estaba cerrada. Un charco cada vez más grande y hondo iba extendiéndose amenazando el paso de vehículos. “Se pondrán buenos el lunes”, suspiraba. Y repetía la frase porque era como si al repetir la palabra “lunes” se acercara más el día esperado y lo tuviera más cercano.

Por fin, casi gastando el nombre, llegó el lunes. Benito abrió la verja con gran contento. El charco había alcanzado tales proporciones que la entrada parecía impracticable. Se frotó las manos y entró a ponerse el uniforme gris.

Camino del pabellón, le saltó la idea de algo terrible: si faltara don Eustaquio... Estuvo agitado hasta que, a los veinte minutos, apareció el familiar coche rojo. El joven profesor lo saludó con la mano.

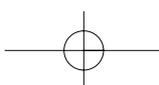
Transcurrió la primera hora con una lentitud plomiza. Por fin, el reloj fue compasivo y colocó las agujas en la posición precisa. Benito ya había abierto un ratito antes la puertecita de los timbre. El tercero, rojo chillón, parecía reclamar un dedo a gritos. Aplicó el índice y lo dejó un rato más de lo habitual. Los ruidos acostumbrados de las aulas rompieron el silencio. Pasos, carreras, voces... Entraron varios profesores. Don eustaquio mostró su redonda cara sonriente y picarona.

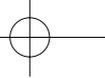
—Benito, bandido. La/do. ¿Cómo lo ha hecho? —y el bedel se reía, taimado.

A lo largo de la mañana, tras las cinco clases, fue alternando la/do, si/do, do/la, la/si y do/si.

Benito siguió ausentándose del Instituto varias tardes y, al regreso, se metía siempre en su pabellón.

Durante cuatro días volvió a la normalidad más absoluta en sus funciones. Tan sólo sonaba el timbre más viejo. Don Eustaquio le preguntó si había jubilado la orquesta a lo que Benito suspiró con melancolía. El lunes siguiente, la primera hora lectiva finalizó con un do/mi/sol que parecía un arpegio agudo y quebradizo. Las carcajadas procedentes de las aulas fueron preludio de un aplauso cerrado. Hasta el cuartito llegaron los gritos de “¡Bravo, Benito!”, “¡Hurra, Benito!”, que lo llenaron de orgullo.





La segunda clase se remató con un re/fa/la que arrancó de nuevo manifestaciones de adhesión fervorosa... Y así fue enriqueciendo sus toques reglamentarios ante el regocijo general, o casi general, pues algunos profesores reprobaron aquellos excesos.

El martes, entre los cuatro finales de clase lanzó los primeros compases de una conocida canción popular que provocó alaridos de entusiasmo. El final de la jornada escolar fue despedido con un escueto sol/do ascendente. Y Benito se ocultó para no ser saludado por nadie.

El miércoles sólo se mantuvo en su puesto dos finales de clase: en el primero interpretó las primeras notas del himno del club de fútbol de la localidad. En el segundo, atronó las aulas con el principio del himno nacional. Rugidos ensordecedores contestaron ambas marchas. Enseguida pensó en encerrarse en los servicios para no ser visto. Decidió que sólo reaparecería al final de la mañana con un "popurri". La aparición del bedel del pabellón de gobierno con la orden de presentarse en el acto al director le impidió la encerrona.

Cuando don Eustaquio salió de la tercera clase, tras un timbrazo seco, formalmente reglamentario, no encontró a Benito. En su lugar, lo saludó el conserje encargado de la biblioteca. Se incorporó a sus clases, ya en otro edificio y no consiguió centrarse en las explicaciones del tema correspondiente. A la salida anduvo mariposeando cerca de los despachos de los jefes, pero los encontró cerrados. También estaba cerrada la caseta de Benito: puertas y ventanas.

El jueves y el viernes siguió tocando el timbre con sequedad el conserje-bibliotecario. De Benito no había ni rastro. "Si el lunes no lo veo, me informaré en dirección", se tranquilizó.

El lunes no tuvo que preguntar nada. Al entrar en el Instituto vio a Benito. Vestía su mono azul de jardinero y estaba vigilando el fuego que había prendido en un rincón con hojas, ramas y papeles. Don Eustaquio lo saludó con la mano, pero fue incapaz de sonreírle. Benito movió la cabeza tratando de arreglar la cara aunque sólo consiguió una mueca tristoná.

En el pabellón B al hasta ahora jardinero se aflojaba el cuello de la camisa oprimido por una corbata negra. Un hombre estaba arrodillado en el suelo de cara a la pared. Quitaba en aquel momento un timbre rojo brillante. Junto a él, en una caja de madera sin pintar, otros botones de distintos colores, todos ellos tersos de puro nuevos, se mezclaban silenciosos a tornillos, piezas diversas y herramientas ennegrecidas.

